

una reverencia muy profunda, á la usanza de su tierra, tocando el suelo, y despues los labios con la mano derecha. Tomaron ambos asiento, y el señor de Tezcuco expresó á Cortés que su tío, no obstante que deseaba la amistad de aquel Principe del Oriente, quien los enviaba, no salia á recibirle por estar enfermo; que el motivo de su visita era dar la bienvenida á él y á todos los cabos de su ejército de parte de su tío, insinuándole que deseaba salir de la sujecion en que le tenia, y que si eran dioses, debian trabajar en ponerle en libertad y á otros Caciques quejosos de Moctezuma, para cuyo fin seria ayudado de todos.

Cortés respondió, en los mismos términos, que su Rey, siendo un Monarca sin igual en el otro mundo, tenia tambien especiales motivos para ofrecer su amistad á su tío el Emperador y comunicarle cosas importantísimas que miraban á su persona y conveniencia de su imperio; que respecto á sus quejas particulares, proveeria á su consuelo y al de todos los señores de sus dominios. Pasó Cortés despues de esta conferencia á la ciudad de Texcuco, acompañado de Cacamatzin, y fué en ella hospedado con mucha atencion. La mañana siguiente ordenó su tropa de modo que pasase sin embarazo la calzada que va de Texcuco á Iztapalapa, y llegó á esta ciudad, que era de las

mas populosas y sobresalia entre las demás de la laguna. El señor de Iztapalapa, hermano de Moctezuma, y los señores de Mexicaltzingo y Coyocan, tambien de la casa real, que tenian sus estados en la misma laguna, salieron á recibirle con presentes separados, y se hizo la entrada en esta ciudad imperial con grande aplauso de sus moradores. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta México, que tenia de trecho en trecho puentes levadizos: tomó Cortés la mañana porque deseaba hacer su entrada y tener tiempo para visitar á Moctezuma, quedando con alguna parte del dia para alojar su gente y fortificar sus cuarteles. Siguióse la marcha con muy buen orden, porque Cortés hizo avisar á la multitud de indios que concurrían á la novedad, que no atravesasen por entre los soldados, que no se llegasen á los caballos, ni les tocasen la ropa si no querian luego perder la vida; providencia muy sagaz y conforme á su genial supersticion de los indios, pues maravillados de los vestidos, barbas, armas y caballos de los castellanos, tanto que decian: estos verdaderamente son dioses, no convenia que con la comunicacion de los soldados perdiesen el temor que tanta novedad les causaba. Se dió vista desde más cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de México, y acercándose más nuestro ejército se descubrió una calle muy ancha y espaciosa, que

se había despejado de propósito, porque Moctezuma estaba en ánimo de salir á recibirle para mayor demostracion de su benevolencia. Antes habían salido á la mitad del camino cuatro mil indios principales á recibir el ejército, y conforme iba entrando en la calle principal de México, se fué dejando ver la comitiva real, que serian doscientos nobles de su familia, ricamente vestidos con grandes penachos de color igual, arrimados cuanto podian á las paredes con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra, porque era el mayor desacato mirar al emperador á la cara. Luego se dejó ver á lo léjos una gran tropa de gente, mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Moctezuma sobre los hombros de sus validos en unas andas de oro bruñido: iban adelante tres señores, uno tras del otro, cada uno con una vara de oro levantada, como señal de que el emperador estaba allí, para que todos sus vasallos le hiciesen el acatamiento debido. Seguian el paso de las andas cuatro personajes de grande suposición, que le llevaban debajo de un palio hecho de plumas verdes entretajadas con piezas de oro, y algunos adornos de plata que formaban la labor de una rica tela. Cortés se apeó del caballo poco ántes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Moctezuma de sus andas, y puestas las dos manos

sobre los brazos del señor de Iztapalapa, su hermano, y el de Texcuco su sobrino, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad de cuarenta años, de mediana estatura, el rostro aguileño, los ojos vivos y el semblante majestuoso. Su traje, un manto de sutilísimo algodón, anudado sobre los hombros de un modo airoso, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona que llevaba era una especie de mitra de oro ligero: el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas ceñian el pié y abrazaban parte de la pierna hasta las pantorrillas, semejante al calzado militar de los griegos y romanos. Se saludaron ambos con mucha cortesía: el razonamiento de una y otra parte fué conciso y discreto como lo pedia la ocasion. Mandó luego Moctezuma á uno de aquellos dos principales señores, deudos suyos, que se quedase para conducir y acompañar á Cortés hasta su alojamiento, y arrimado al otro volvió á tomar sus andas y se retiró á su palacio con la misma pompa y majestad.

Este fué el recibimiento que aquel poderoso Príncipe hizo á Hernan Cortés en su entrada en la gran ciudad de México, á ocho de Noviembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve, y el alojamiento que le tenia prevenido fué una de las casas reales que fabricó Axayacatzin, padre

de Moctezuma. Era poco más de medio día cuando en él entraron los españoles, y hallaron una comida abundante y regalada para Cortés y los capitanes de su ejército, y para el resto de la gente muchos manjares ménos delicados. Por la tarde vino Moctezuma con su pompa acostumbrada á visitar á Cortés, y tuvieron ambos una conferencia larga sobre el motivo de la embajada de parte del monarca del Oriente, á que satisfizo Cortés exponiendo con grande energía cuánta conveniencia le seria á aquel emperador entablar y abrir el comercio entre ambas monarquías del Oriente y del Occidente y instándole despues á que abrazase la religion católica, como el medio más eficaz para que fuese más durable la buena armonía y alianza de una y otra corona. Pero no dió oídos Moctezuma en punto de religion, porque como se preciaba de tan observante en las máximas de la suya, que consideraba la mejor, segun su preocupacion, en todo lo demás pareció admitir muy bien las proposiciones ventajosas de alianza que Cortés con sagacidad le tenia insinuado. Se retiró á su palacio despues de haber colmado de presentes de oro y otras curiosidades de plumas y algodón á Cortés: se pasaron algunos dias en visitas recíprocas de Cortés á Moctezuma, y no fueron del todo inútiles, porque Moctezuma, convencido de la razon, desterró de su mesa los pla-

tos de carne humana, dando ejemplo á sus vasallos para que hiciesen lo mismo, sin prohibirles este manjar expresamente, y sin darse por vencido en orden á los sacrificios de hombres. Daba pocas esperanzas de reducirse, por hallarse tan arraigado el error en su corazon, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo traerle con sólidas razones al camino de la verdad. Era tan adicto al culto de sus dioses, que como otro Numa Pompilio, no dejaba pasar dia alguno sin manifestar su religiosa piedad, retirándose á sus oratorios, y mandando sacrificar victimas racionales de uno y otro sexo, motivo porque llevando á Hernan Cortés y al padre Olmedo con algunos de sus capitanes y soldados castellanos, para que viesen á su lado las grandezas de su Corte, deseó no sin vanidad y ostencion de su errada piedad, enseñarles el mayor de sus templos. Quiso Cortés, dejándose llevar de su celo, que le diese permiso Moctezuma de fijar una cruz y poner una imágen de Nuestra Señora delante de los simulacros del demonio para que viese el engaño de sus ídolos, confiado que presto saldria él y sus vasallos del error en que estaban; pero se enfurecieron los sacerdotes al oír esta proposicion, y Moctezuma, que percibió demostraciones de irrision que hacian á sus dioses los españoles, y de

poco caso de la desazon de sus sacerdotes, denotando su mortificacion les dijo, que si entendiera que habia de hacer tal deshonra á sus dioses, que no los hubiera conducido á su templo, y que bien podian contenerse, siquiera por la atencion que se debia á su persona. Con esta experiencia y otras que se hicieron sobre este asunto, resolvió Cortés, conformándose al parecer del venerable padre Olmedo y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase más en el punto de religion, supuesto que no servia más que de irritarle y endurecerle, pero al ménos se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios, y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á sus expensas, como lo pidiese Cortés. Entraba la politica en esta concecion; y aunque conocia las ventajas de la religion católica, volvía á su tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en las de su distrito, y así no le hizo fuerza permitir á los españoles el uso de su religion. Dice el historiador Herrera que fué tanta la diligencia de los indios, que se hizo la capilla en dos días: se levantó un altar: se colocaron imágenes y se adornó con la posible decencia; y en el atrio de aquel palacio donde habitaban los españoles se puso una cruz de palo para que generalmente los indios viesen la reverencia en que la tenían

los cristianos. Comenzóse á celebrar misa, hasta que se acabó el vino: ningun dia se dejó de decir, asistiendo algunas veces Moctezuma con los señores de su Corte, entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad de los suyos: tanto era el cuidado que tenia Cortés que sus soldados viviesen ejemplarmente, y que cuanto antes se plantase la fe entre aquellos bárbaros.

Los que quisieren tener noticia de la grandeza de los edificios de la gran ciudad de México, que fué conocida en su antigüedad con el nombre de *Tenaxtitlan*, de la forma de gobierno del imperio mexicano y de su Corte, saber de su policia y tener otras noticias curiosas de aquellos pueblos, podrán registrar si gustan, los historiadores que tratan difusamente de estos asuntos, en especial al diligente Herrera, á nuestro reverendo Torquemada, y en la obra elegante de Solís que los ha seguido, como tambien en la exquisita idea para la Historia general americana del caballero Boturini, hallarán satisfecha su curiosidad. No puedo desviarme mucho en este Aparato de la narracion sucinta de la conquista de Nueva España; motivo que me hace pasar brevemente á la descripcion de los sucesos de aquella Corte, hasta su total destruccion, siéndome aun forzoso introducir algunas digresiones importantes, así

para seguir fielmente el orden cronológico de sucesos anexos á mi asunto, como para dar á conocer la ilacion indispensable de estos acaecimientos, con los que dieron márgen á la conquista espiritual del reino de Mechoacan, por donde me fué preciso principiar desde su origen del establecimiento de la fe en las Indias Occidentales, hasta llegar insensiblemente á los fundamentos de mi santa Provincia en aquel reino. Dejamos pues de referir por menor las circunstancias de esta entrada de los españoles en la Corte imperial de México, ni las de su grandeza, del origen de su poblacion, de los usos de aquellos indios mexicanos, de sus festividades, sacrificios, ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repeticion en las historias de las Indias, reservándome tratar en su propio lugar de mi Crónica, de los indios tarascos, usos y costumbres, que en muy poca cosa difieren de las de los mexicanos.

---



---

CAPITULO XXXIV.

---

CAUSA POR QUE ACUERDA HERNAN CORTES APODERARSE  
DE MOCTEZUMA: PRISION DE ESTE EMPERADOR:  
SUPLICIO DE QUAUHOPOCA, SEÑOR DE NAUTLA: CONJU-  
RACION DE CACAMATZIN, REY DE TEXCUCO:  
MOCTEZUMA LE ENTREGA A CORTES: SU CASTIGO: RE-  
CONOCIMIENTO DE VASALLAJE QUE HACE MOC-  
TEZUMA AL REY DE CASTILLA, Y TRIBUTO QUE LE DIÓ:  
AÑO DE 1519.

Observaban los españoles todas estas novedades no sin grande admiracion. Como Moctezuma era amigo de espectáculos y regocijos públicos, procuró en aquellos primeros dias que se hiciesen con mayor esmero para festejar á los españoles. Todo su conato era ocuparlos en varios entretenimientos: llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes: frecuentábanse las